

CARNAVAL Y PODER: “KATHARSIS DESDE ARRIBA” EN LOS CARNAVALES DE ROSAS

María Guimarey

Introducción

Los festejos de carnaval tienen una larga tradición en la historia de occidente. Este ciclo festivo se desarrolló mucho antes de la Era Cristiana, y tuvo origen en la Antigua Roma. Su carácter profano marca la diferencia con otros ciclos de origen religioso. Sin embargo, el carnaval fue incluido en el calendario cristiano, ya que precede a la Cuaresma que culmina con la Semana Santa. Cada uno de ellos conforma, así, los dos ciclos litúrgicos más tradicionales del año.

Comenzando el domingo, los festejos de carnaval se extienden hasta el miércoles de ceniza. En estos días, diversos entretenimientos propician la exteriorización de los sentimientos prohibidos por la ética y la moral ciudadana, en tono burlesco, o incluso agresivo. Mascaradas, bailes, desfiles, juegos de agua, entre otros, forman parte de los carnavales de la historia y signan su carácter excesivo y descontrolado.

La tradición del festejo de carnaval llegó a América con la conquista española. En el virreinato del Río de La Plata, Juan José de Vértiz y Salcedo oficializó los bailes en el año 1771, con el objetivo de prohibir las manifestaciones callejeras que ya venían sucediéndose desde antes. A partir de allí, el carnaval formó parte del calendario oficial rioplatense y perduró aún después de las guerras de la independencia.

El objetivo de este trabajo es analizar el carácter singular del carnaval como hecho kathártico, con relación a los cambios que se producen en los festejos porteños que van de 1835 a 1844, durante el gobierno de Rosas, hasta su prohibición por decreto, en el año 1844. En ese sentido, se contempla en dicho período, el desarrollo de una compleja parafernalia propagandística, que incluyó la cooptación de distintos festejos populares, con la intención de cohesionar una sociedad desmembrada por las guerras y la anarquía. Teniendo en cuenta la singular naturaleza que define al carnaval (kathártico y colectivo), la prohibición por la fuerza sugiere la imposibilidad ante la que se halló el régimen rosista al intentar encauzar y direccionar en sentido político, un acontecimiento esencialmente descontrolado. Los relatos de los viajeros sajones que llegaron a Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XIX, son fuentes reveladoras acerca del carácter que ya tenían los carnavales porteños antes de 1835. A partir de entonces, los decretos de gobierno, así como las imágenes de la prensa, relevan los hechos más significativos en relación al carnaval en tiempos de Rosas, sus continuidades y sus puntos de divergencia.

Fiesta, poder y katharsis.

La fiesta actúa como una válvula de escape que descomprime las tensiones del entramado social, implícitas en su constitución. Crea un espacio y un tiempo utópicos que suspenden el devenir lineal de la cotidianeidad para establecer otra realidad a los ojos de sus actores-espectadores. En este marco, los roles sociales, comúnmente irreconciliables, se acercan entre sí, despreocupados del “deber ser”, para conformar un colectivo integrado. Ya no hay individuos diferenciados que conformen una totalidad jerarquizada, sino una nueva y original existencia comunitaria que los reúne en igualdad de condiciones; las diferencias sociales son temporalmente abolidas. Este período de recreo y diversión que la fiesta instala, permite a sus participantes operar con lo que habitualmente está prohibido por el orden vigente. Al respecto dice Antonio Bonet Correa que:

El análisis de las fiestas, festividades, celebraciones, regocijos, y días “geniales” merece ser llevado a cabo desde los presupuestos mismos de sus organizadores, cuyas motivaciones quedan siempre al margen de lo que constituye la propia dinámica de la fiesta, es decir el deseo lúdico e irrefrenable de diversión que abriga en el fondo toda colectividad humana. De ahí el interés que se desprende de sus justificaciones, de sus argumentos para convertir en razonable lo que en principio encierra un germen irracional de bullente brote de vida espontánea, difícilmente enmarcable dentro de las normas morales de una ética muy estricta.¹

El origen de la fiesta está directamente relacionado con el ritual, de allí su carácter cíclico. Toda sociedad se constituye sobre un orden, un *status quo*, que se debilita periódicamente y necesita ser revitalizado. La fiesta permite reactualizar las jerarquías sociales y volver a instaurar el ordenamiento social vigente. Luego de este “pasaje colectivo” se instaura un nuevo pacto de convivencia y se generan nuevas solidaridades. Como todos los ritos, a pesar de sus distintas versiones, la fiesta resulta siempre idéntica e igual a sí misma. Toda manifestación festiva (ritual) colectiva supone, además, la vehiculización de las representaciones sociales simbólicas que dan sentido y cohesión a un grupo. Los estados nacionales tienden, en su constitución, a cooptar estos regocijos populares con el fin de establecer un “control” en el ámbito de las significaciones imaginarias. La fiesta se constituye como el lugar de explicitación de los roles de poder, tanto como de su legitimación.

Por otro lado, el concepto griego de *katharsis*, puede entenderse también en relación a la fiesta. Aristóteles comenta, en relación al teatro, que *la tragedia persigue la finalidad de suscitar en el espectador los sentimientos de pena, compasión o dolor, provocando así la purificación o katharsis que corresponde a aquellos sentimientos*². Esta liberación afectiva que se produce en el marco de un festejo colectivo o de una representación teatral, conlleva en sí misma un carácter muy particular. Según Roland Barthes,

¹ Bonet Correa, Antonio, “La fiesta barroca como práctica de poder”, en *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al barroco español*, Madrid, Akal, 1990. Pg. 5.

² Aristóteles, *Poética*, Pensadores Universales, Gradífico, Argentina, 2003. Pg. 61.

el teatro antiguo, en la medida en que surgía del culto a Dionisios, constituía una “experiencia total”, que mezclaba y resumía una conducta premeditada de desposeimiento o dicho con un término más insípido, pero más moderno, de extrañamiento³.

La fiesta popular del carnaval, así como el teatro, vehiculiza la descarga irracional de las pasiones de manera descontrolada e indireccionada. El mismo autor antes citado, se refiere al hecho dramático como un *espectáculo total, violentamente físico, desmesurado y a la vez humano*⁴. Siguiendo a Barthes, dentro de la cultura de occidente se puede hablar también de lo *dionisiaco*. Este último concepto, está ligado de manera intrínseca a la kathársis y junto a ella, a la fiesta y al teatro. Nietzsche, en *El origen de la tragedia*, se refiere a las fiestas dionisiacas. Según este autor, *el objeto de estos regocijos es una licencia sexual desenfrenada, cuya ola exuberante rompe las barreras de la institución familiar y suspende sus venerables leyes: aquí se desencadena verdaderamente la más salvaje bestialidad de la naturaleza*⁵. En este pasaje se deja entrever, una vez más, el desenfreno emocional que suponen el teatro, la fiesta y, en fin, el ritual, cumpliendo con su función catártica.

Los carnavales porteños posindependientes (1810-1835)

Luego de las primeras guerras de la independencia, los carnavales continuaron su marcha en la naciente Buenos Aires. Este hecho es muy significativo y marca de alguna manera la gran aceptación que tenían estos festejos entre los habitantes, e incluso, entre la “gente decente”. Además, las celebraciones, conmemoraciones, festividades y rituales daban sentido a la vida cotidiana de Buenos Aires; conformaban una trama de significado para la memoria individual y social de la nación en ciernes⁶ y contribuían a dar forma a los procesos de construcción de identidades.

Hasta 1815, en el ámbito urbano, el Cabildo organizaba bailes públicos y se brindaban representaciones privadas, mientras que en los extramuros de la ciudad los festejos tenían más que ver con el despliegue de destrezas propias del mundo rural. Sin embargo, lo que marcó en estos años y en los posteriores, el desarrollo de los festejos fue la profusión de los juegos de agua. Desde el domingo hasta el miércoles de ceniza, los habitantes de Buenos Aires se entregaban al desenfreno generalizado de mojar “todo y a todos”. En las terrazas de las casas, las mujeres se agolpaban para lanzar baldazos o huevos de agua a aquel que se atreviese a transitar por la ciudad. Las calles parecían regadas durante los tres días que duraban los festejos. Estos excesos alcanzaban, incluso, al ámbito cerrado. En el año 1824, con motivo de

³ Barthes, Roland, “El teatro griego”, en *Lo obvio y lo obtuso*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1980.

⁴ Op. Cit. Pg. 91.

⁵ Nietzsche, Friedrich, *El origen de la tragedia*, Caronte Filosofía, Terramar Ediciones, Argentina, 2001. Pg. 29.

⁶ Garavaglia, Juan Carlos, *A la nación por la fiesta: Las Fiestas Mayas en el origen de la Nación en el Plata*, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Tercera Serie, num 22, 2do semestre de 2000.

la presentación de una Comedia en el teatro Coliseo el domingo de Carnaval, *El Argos* recomienda a sus organizadores que *con un tierno abrazo que se diese en la puerta a cada dama que manifestase un bulto más que regular, sería el modo más político y eficaz de precaver el mal que se teme*. Queda claro que, si el “peligro” podía trascender el ámbito público y abierto, la participación en los festejos no sólo alcanzaba a amplias capas sociales, sino que no guardaba ningún pudor ni decoro respecto de los espacios “decentes”. Tal era el desenfreno generalizado, que esta costumbre llamó la atención de los viajeros sajones, quienes incluyeron en sus relatos el detalle pormenorizado de los sucesos. En las *Cartas de Sudamérica*, los hermanos Robertson definen al carnaval porteño como un *corto período de locura*⁷. Según este relato los carnavales rioplatenses se desarrollaban en un *in creyendo* que iba de una mojadura con agua de colonia en los primeros días, hasta un baño completo con agua común, e incluso en algunos casos sucia.

Empezaba con solapada moderación. Iba uno por la calle y de pronto una bonita mujer, sentada tras la reja de su ventana, lo rociaba con agua de colonia; poco después podía verse algún *dandy* arrojando agua de rosas hacia el interior de un balcón⁸.

Hay que notar, en este fragmento, la referencia que se hace respecto de la posición social de los participantes. Una bonita mujer y un *dandy* representan ambos a un estrato social elevado. Esto deja claro que en este período festivo no son relevantes los roles sociales de los actores, sino su participación en los sucesos. Luego el texto continúa diciendo

Pero el lunes las calles aparecían aquí y allá como si hubieran sido bien regadas. De pronto el pasante se sentía literalmente empapado, no con agua de *mille fleurs*, sino con agua común. Y apenas se detenía de mal humor tratando de secarse, otra descarga súbita del otro lado de la calle le caía como una ducha.

El relato deja en claro que con el transcurso de los festejos, los juegos de agua se van “degenerando” para adquirir un carácter cada vez más relacionado con lo indecente. La utilización de agua sucia, por otro lado, le otorga a los festejos un carácter escatológico y marginal.

Estos viajeros no ven con buenos ojos estos excesos. En la crónica que hace “un inglés” de los carnavales en el Río de La Plata aparece explícitamente, una valoración negativa. El autor comenta que

Llegado el carnaval, se pone en práctica una desagradable costumbre en vez de música, disfraces y bailes, la gente se divierte arrojando cubos y baldes de agua desde los balcones y ventanas a los transeúntes, y persiguiéndose unos a otros de casa en casa⁹.

⁷ Parish Robertson, John y William, *Cartas de Sudamérica* [*Letters on South America comprising travels on the banks of the Parana and Río de La Plata*, Londres 1843], Buenos Aires, Emecé, 1950. Pg. 77.

⁸ Parish Robertson, op. cit. Pg. 78.

⁹ Un Inglés, *Cinco Años en Buenos Aires (1820-1825)*, Buenos Aires Solar-Hachette, 1942

Por otro lado, son llamativos los preparativos previos al desarrollo de los festejos. En los dos textos mencionados, se relata la fabricación de objetos lúdicos en los días previos; desde jeringas enormes que se usaban para atacar los techos, hasta huevos llenos de agua (de teru teru o de avestruz) que se vendían en las calles y llevaban varios días de realización. En todos los relatos se incluye además el riesgo que suponía el uso de estas enormes “bombas de agua”, que muchas veces ocasionaban lesiones graves al que las recibía. Continuando con el desarrollo de los regocijos, los hermanos Robertson comentan

Pero debo decir que el domingo y el lunes, aquello no era nada en comparación con el martes, verdadero *Derby* de la semana de Carnaval. Como si los dos primeros días se hubieran empleado simplemente en un ensayo de fuerzas, la terrible batalla se daba el tercero y último día. Hubiérase dicho entonces que Buenos Aires era una ciudad de manicomios y que todos los ocupantes de estos últimos hubiesen sido puestos en libertad¹⁰.

Los participantes de los carnavales son, para este observador foráneo, “ocupantes de manicomios”. Esta expresión muestra, sin duda, el espíritu que domina los festejos. El desborde, la locura y el desenfreno se transforman en la nueva legalidad instaurada en este período de recreo.

Más adelante, el autor establece una comparación de estos festejos con las fiestas dedicadas a Saturno en la Antigua Roma.

*Parecía que invocaban al dios río-platense para que trajera sus provisiones a las saturnalias del pueblo de la capital*¹¹.

Las fiestas Saturnales eran conocidas, en la antigüedad, porque propendían a la confraternización de los distintos grupos sociales en festines y diversiones que luego desembocaban en grandes orgías. Esta equiparación entre los festejos del Río de La Plata y las celebraciones antiguas connota de alguna manera el tono ritual y kathártico que los carnavales porteños llegaron a tener en los primeros tiempos de la independencia. El hecho de mencionar la presencia de una deidad río-platense, no parece ser casual. Los dioses son, por lo general, propensos a producir en los mortales todo tipo de desbordes y de raptos irracionales.

Así también, el mismo autor remarca que estas mojaduras, muchas veces, distaban de ser casuales. Según cuenta, el “blanco” podía ser elegido de antemano, ya fuera por venganza o como resultado de alguna rencilla personal anterior a los carnavales;

*las señoras bajaban de la azotea a la puerta de calle, para estar más seguras de poder empapar algún determinado individuo, elegido de antemano entre los que veían en la calle*¹².

Es curiosa la amplia participación que tienen las mujeres en estos festejos. Las Cartas de Sudamérica relatan, por ejemplo, que *los vestidos de las mujeres se adherían al cuerpo y a sus*

¹⁰ Robertson. Op. Cit. Pg. 79.

¹¹ Robertson. Op. Cit. Pg. 79.

¹² Robertson. Op. Cit. Pg. 79.

*formas*¹³. Durante el carnaval, la sensualidad femenina afloraba y se hacía presente, pese a que no estaba bien vista en otros momentos por la moral rígida de las “señoras decentes”. Este hecho es muy singular, ya que refuerza la idea de desborde y de liberación que la fiesta popular kathártica propicia. Aquí, una vez más, el relato del inglés emite un juicio moralizante respecto de la participación femenina en los carnavales; *las damas abandonarían este juego si supieran cuán poco se aviene con el carácter femenino*¹⁴.

Finalmente, los dos relatos sajones coinciden en ver las costumbres del carnaval rioplatense como propias de un pueblo incivilizado y salvaje. “Un inglés” comenta que el mismo gobierno llama, en unos programas que circularon con motivo de dedicar el carnaval a las victorias del Perú de 1825, a los juegos de agua: “*vergüenza de un pueblo incivilizado*”¹⁵. Por su parte, los hermanos Robertson describen la presencia de jinetes en medio de la zona urbana tildándolos de “salvajes”, e incluso hacen mención de riñas a cuchillo entre ellos.

En suma, a pesar de la ausencia de fuentes iconográficas que den cuenta de los carnavales rioplatenses, es posible hacerse una idea del carácter liberador y kathártico que estos tuvieron en los primeros años independientes.

Los carnavales en época de Rosas

Las primeras décadas del siglo XIX en el Río de La Plata, oscilaron entre las guerras de independencia contra el Viejo Orden y los sucesivos enfrentamientos de los grupos de poder que se gestaron a partir de aquellas luchas. La necesidad imperiosa de establecer un nuevo orden, generó disputas tanto en el plano militar como en el político e ideológico.

El 4 de abril de 1835 marcó un punto de inflexión en el proceso de construcción nacional. En esa fecha, Juan Manuel de Rosas asumió la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires, con la suma de los poderes públicos¹⁶. Esto implicó, que por primera vez, el poder se concentrara en torno a una sola persona. La figura de Rosas fue, a partir de allí, la pieza clave de un programa de consolidación nacional que tuvo alcances a muy largo plazo. Con el objetivo de instaurar una cierta uniformidad social que permitiera la estabilidad política de su régimen, Rosas desarrolló toda una parafernalia propagandística que estuvo anclada en el uso simbólico de la imagen. Durante su gobierno, se valió de la aparición de la prensa ilustrada, así como de otros medios de difusión de imágenes, para propiciar adhesiones políticas.

Por otro lado, en esa misma dirección, fomentó la celebración de toda clase de festejos populares. Según afirma Fernando Aliata,

Si bien [las fiestas] en origen tienen una organización espontánea ligada a la celebración de victorias, llegada de trofeos de guerra, etc., poco a poco, el

¹³ Robertson. Op. Cit. Pg. 80.

¹⁴ Un Inglés. Op. Cit. Pg. 99.

¹⁵ Un Inglés. Op. Cit. Pg. 100.

¹⁶ Diario de Sesiones de la H. Junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires (Buenos Aires 1827- 1851) vol. 21, nº 503

gobierno irá interviniendo y transformando los actos en verdaderos ritos de aceptación de la nueva situación política que, de esa manera, pueden ser definitivamente aprobados por sectores más amplios¹⁷.

Así entendidos, la cooptación de los regocijos populares fue una de las fuentes de las que el régimen rosista abrevó para consolidar su poder. Desde las fiestas de estricto sentido religioso hasta los ciclos civiles-conmemorativos (Fiestas Mayas y del 9 de Julio), fueron puestos al servicio de la propaganda de la Federación. Estos festejos se alternaron con las "fiestas federales", creadas en la década del '30 con un claro direccionamiento político, por el régimen rosista.

En ese contexto, Rosas vio con claridad la relación que se establece entre las fiestas de contenido popular que propenden a la emotividad y la consolidación del poder¹⁸. El carnaval no constituyó una excepción, hasta su total prohibición en el año 1844.

Los festejos de carnaval mantuvieron, después de 1835, muchas de las características que los identificaban. Los juegos de agua, continuaron siendo el verdadero *leit motiv* de estas celebraciones. Los excesos, las burlas, la alteración de las jerarquías sociales siguieron haciendo del carnaval un momento de distensión en el que toda la comunidad participaba por igual. Sin embargo, en el transcurso de los años siguientes, se dieron una serie de modificaciones que hicieron que poco a poco el carnaval se cargara de significación política. Esto es relevante ya que en los años anteriores, según se vio en las fuentes analizadas, no hay hechos que indiquen la presencia de autoridades en los festejos. Por el contrario, lo único que podría ligar al carnaval con el poder político es la sucesiva promulgación de decretos que intentaban controlar los desmanes a los que se llegaba. En tiempos de Rosas, por el contrario, los festejos de carnaval no eran simples "carnavales" sino los *Carnavales de Rosas*. Esta forma peculiar de denominar a estas fiestas fue común entre los seguidores, así como entre los opositores, del Restaurador. Si bien el carnaval no fue cooptado directamente como ocurrió sobre todo con los festejos cívico-políticos, las intervenciones que recibió en ese sentido fueron bastante claras.

Ramos Mejía, por ejemplo, cuenta en el texto *Rosas y su tiempo*, que se había reemplazado la procesión cívica por el cortejo de negros;

inundaban en esos días [de carnaval] la ciudad multitud de comparsas que, al son de pintarrajeados y largos tambores, cruzaban las calles tocando monótonamente (...) un ruido del más desastroso efecto¹⁹

Los carnavales se tiñen de la actitud paternalista que caracterizó al gobierno de Rosas. No sólo promovió la participación de los negros en estos regocijos, sino que de alguna manera, la apadrinó. Comenta el autor que *desde que subió Rosas al gobierno, se hizo concurrente de los*

¹⁷ Aliata, Fernando, *Gestión urbana y arquitectura en el Buenos Aires posrevolucionario (1821-1835)*, <http://www.etsav.upc.es/urbsperspnum05art05-3>.

¹⁸ Ver Garavaglia. Op. Cit.

¹⁹ Ramos Mejía, J.M. *Rosas y su tiempo*. Tomo I ed. Felix Lajouane, Buenos Aires, 1907. Pg. 219.

*candombes y asistía religiosamente a algunas de sus fiestas*²⁰. Otro relato es el que hace Vicente Fidel López en una publicación municipal, en la que cuenta que

En las fiestas de carnaval, Rosas salía con sus amigos a recorrer las calles en pingos con arreos de plata y recado a la usanza criolla llevando en la frente de los caballos una testera de plumas rojas (...) Así el mismo trapo odioso, estaba en la cabeza de las damas, en el pecho de los ciudadanos y en la cola de los caballos²¹.

Este desfile carnavalesco de altos dignatarios es algo inédito en los festejos precedentes. Además, llama la atención la referencia que hace el autor respecto de la presencia de la insignia punzó que identificaba a los Federales. Luego continúa diciendo,

Tales paseos carnavalescos aterrorizaban a los vecinos. Los acompañantes del temido caudillo, vestidos de colorado, llevaban en un palo de escoba, colgantes, una o varias vejigas de vaca bien sopladas para golpear a los transeúntes, dándose a veces entre sí (...) Algunos llevaban huevos de avestruz llenos de polvo colorado, y si encontraban alguna persona decente, le descargaban, de preferencia, el proyectil pampeano, poniéndolo como ropa de pascua. Así seguía por cuadradas la estrepitosa cabalgata, produciendo el terror y el espanto al galope de sus caballos

En este pasaje, los tradicionales juegos de carnaval con los huevos y vejigas están usados en forma de represalia "simbólica". Si bien siempre estuvieron cargados de una connotación agresiva para con el otro y de descarga, en este caso el hecho de que, el que ejerce la violencia sea el más alto dignatario (que por otra parte goza de la suma de los poderes públicos), parece a su vez una manera "graciosa y lúdica" de reafirmar el orden instituido. Además, están presentes las emociones que provocan la figura de Rosas y la de sus seguidores; espanto y terror.

Es importante aclarar que los dos autores mencionados, Ramos Mejía y López, son opositores al régimen rosista. La fuerte polarización de la sociedad que se produce en este período, es también un punto importante para tener en cuenta.

Entre las medidas de gobierno que Rosas adoptó en relación a los regocijos populares, hay un hecho que es muy significativo. El comienzo y la finalización de todas las conmemoraciones y celebraciones fueron rigurosamente estipuladas. El Restaurador instituyó una serie de salvazos que marcaban el desarrollo de las fiestas. La señal de iniciación del carnaval se daba a las doce del mediodía y a las seis de la tarde se daba fin a las hostilidades, continuándose con las reuniones particulares hasta que, al día siguiente, se reanudaran. Esta también es una característica particular de los carnavales de Rosas, ya que en los de años anteriores ninguno de los cronistas habla de una reglamentación horaria respecto de los festejos.

²⁰ Op. Cit. Pg. 221

²¹ Censo de la Capital Federal del 15 de septiembre de 1887. Crónica abreviada de la Ciudad de Buenos Aires. Cuarta Década, pag. 44, Tomo 1º, 1889. Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República Argentina. Tomo 1º. Buenos Aires. Cía. Sudamericana de Billetes de Banco, calle San Martín 258. 1889.

Hay por último, otros puntos de análisis en cuanto a la politización de los *carnavales de Rosas*. Por un lado, las imágenes que aparecen en la prensa dedicadas al carnaval no tienen la intención de reflejar las celebraciones públicas sino más bien están dirigidas a criticar o directamente a ironizar la figura de Rosas. En ese sentido es muy llamativo que las primeras fuentes iconográficas que se tienen del carnaval estén ligadas al discurso político más que a ilustrar al espectador acerca de los hechos. Dice Cristina Fukelman

Durante el gobierno de Rosas la imagen como dispositivo genera identificaciones sociales y políticas, determina tensiones a través de continuidades y rupturas en la construcción del imaginario social de la figura de Rosas, de los federales y de sus opositores los unitarios.

El año 1835 marca el punto de partida de las publicaciones de la prensa ilustrada. Entonces, la imagen cobra relevancia como dispositivo de propaganda política, ya sea de adhesión u oposición.

En medio de este clima de cohesión política e ideológica se sucedieron los *carnavales de Rosas* hasta que llamativamente en el año 1844 un decreto abolió y prohibió para siempre el carnaval. En el documento se esgrimen varios argumentos que sostiene esta medida; las dañosas costumbres del juego de carnaval, la inconveniencia a la hábitos de un pueblo laborioso e ilustrado, el costo para el tesoro del Estado que los festejos suponían, la pérdida de tiempo en diversiones perjudiciales, los perjuicios a la agricultura y a las fortunas personales, etc. Sin embargo, esto no ocurrió con otros festejos cívico-conmemorativos o religiosos que, si bien se vieron acotados en su desarrollo temporal así como en su aspecto lúdico, siguieron desarrollándose y formando parte de la parafernalia propagandística del régimen rosista. Además, es importante destacar que esta prohibición pesó sobre los carnavales hasta dos años después de la caída del Restaurador, en el año 1852.

A modo de conclusión

Si se entiende al carnaval como un festejo popular y colectivo en el que predomina el carácter kathártico, liberador, que a su vez se relaciona con lo emotivo e irracional, parece fútil pensar cualquier intento que propenda a direccionarlo o encauzarlo. En ese sentido, la estrategia de cohesión del régimen rosista que implicó la cooptación de diversos festejos populares, parece oponerse a la naturaleza intrínseca del carnaval.

Este trabajo no pretende ser exhaustivo, sino hacer un aporte a futuras investigaciones que amplíen tanto la base documental como teórica en el estudio de los carnavales rioplatenses del siglo XIX. De esta manera, quedan abiertas las posibilidades de profundizar en las causas que llevaron a la prohibición del carnaval entre los años 1844 y 1854, así como también a la continuidad intramuros en esos años que tuvieron los festejos, a pesar de la reglamentación que pesaba sobre ellos.

Bibliografía

- Aliata, Fernando, *Gestión urbana y arquitectura en el Buenos Aires posrevolucionario (1821-1835)*, <http://www.etsav.upc.esurbperspnum05art05-3>.
- Aristóteles, *Poética*, Pensadores Universales, Gradifco, Argentina, 2003.
- Barthes, Roland, *Lo obvio y lo obtuso*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1980.
- Bonet Correa, Antonio, *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al barroco español*, Madrid, Akal, 1990.
- Garavaglia, Juan Carlos, *A la nación por la fiesta: Las Fiestas Mayas en el origen de la Nación en el Plata*, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Tercera Serie, num 22, 2do semestre de 2000.
- Nietzsche, Friedrich, *El origen de la tragedia*, Caronte Filosofía, Terramar Ediciones, Argentina, 2001.
- Parish Robertson, John y William, *Cartas de Sudamérica [Letters on South America comprising travels on the banks of the Parana and Río de La Plata]*, Londres 1843], Buenos Aires, Emecé, 1950.
- Ramos Mejía, J.M. *Rosas y su tiempo*. Tomo I ed. Felix Lajouane, Buenos Aires, 1907.
- Un Inglés, *Cinco Años en Buenos Aires (1820-1825)*, Buenos Aires Solar-Hachette, 1942.